**Control de lectura: *La libertad de los modernos* – Charles Taylor**

**Alumno: Juan Miguel Iglesias**

La vida cotidiana trae consigo una diversidad de problemas contra los cuales tenemos que enfrentarnos para seguir adelante, lo complicado siempre es decidir qué vamos a hacer. Así, tendremos decisiones cuyas consecuencias serán mínimas y superfluas para nuestras vidas, como el qué comer hoy o qué ropa vestir; sin embargo, también habrán momentos en que la decisión a tomar será crucial para nuestro futuro, determinando un antes y un después en nuestras vidas, por ejemplo, qué carrera voy a estudiar o si tener o no hijos. Siguiendo esa línea, aparece un término que nos obliga a reconocer la diversidad de los bienes al momento de elegir o arbitrar una decisión: «inconmensurabilidad».

El filósofo Charles Taylor en *La libertad de los modernos* (s.f.) se encarga de plantear el problema de la inconmensurabilidad al querer ponderar bienes diferentes o querer satisfacer plenamente a individuos de culturas distintas. Desde una perspectiva histórica, Taylor analiza cómo ha evolucionado la cuestión desde la ética sugerida por Aristóteles en *Ética a Nicómaco* hasta las corrientes modernas como el utilitarismo o el pensamiento kantiano. Taylor va a criticar que las tendencias modernas (que, podría decirse, ya no representan a la perspectiva actual) niegan la diversidad de los bienes y obligan a ceñirse a una idea unitaria de la moral, siendo el mejor ejemplo los imperativos categóricos kantianos. La multiplicidad de posibles contextos y variaciones presentes en todo el mundo evidencia que un razonamiento así es inviable. Por otra parte, la alternativa opuesta de quedarnos sin una unidad para respetar las diversidades es, asimismo, peligrosa, debido a que, como seres humanos incapaces de vivir en la autarquía, nos vemos en la necesidad de vivir en comunidad y compartir con otros. Lo cual nos lleva a tomar una solución distinta que esté como en un ‘término medio’ respecto a la diversidad y la unidad moral, que es en lo que consiste la tesis de Taylor: “forjar una concepción plausible del razonamiento moral que refleje tanto su ineludible diversidad como su lucha constante por la unidad” (Taylor, s.f., p. 284).

Para comprender mejor lo explicado hasta ahora, proponemos el caso de Alan, un candidato político a alcalde que es nuevo entre el resto de candidatos que ya han participado y hasta ganado previamente. Él tiene toda la intención de participar en las elecciones y llegar a ser alcalde para poder ejecutar una serie de obras y políticas públicas que confía son necesarias para su localidad y podrían ser altamente beneficiosas para sus habitantes, ello porque él ha vivido toda su vida en este lugar y está harto de que quienes ya han ejercido de alcaldes hayan sido incapaces de identificar los verdaderos problemas del lugar y mucho menos darles solución, por lo que está decidido a hacerlo él mismo. Hasta allí todo bien, la dificultad aparece cuando, aun teniendo grandes y ambiciosas propuestas, el público elector no le hace caso, los medios de comunicación no le invitan para debatir o ampliar sus propuestas, las encuestas ni lo toman en cuenta por casi ni tener votos, no encuentra donantes para financiar mejor su campaña, etc. Mientras tanto, los candidatos que tienen antecedentes de corrupción, propuestas demagógicas y sin sustento, que se contradicen seguidamente, etc., reciben gran apoyo social y económico por basar sus campañas en emocionar e ilusionar a las masas con sus discursos llenos de mentiras (y ninguna propuesta real) que van cambiando, dependiendo del público que los escucha en ese determinado contexto.

Alan de verdad quiere participar en estas elecciones y cumplir lo propuesto, pero, por cuestiones personales (valores, experiencia, compromisos) detesta hacer propaganda que pueda ser entendida como meramente populista por no basarse en propuestas concretas y plausibles, de igual forma, no comprende a los ‘pseudopolíticos’ que omiten la creación de buenas propuestas en sus planes de trabajo y que se dedican a crear una falsa imagen de ellos en cada localidad que visitan, con tal de ganar la mayor cantidad de votos, por más de que lo que prometan eventualmente se termine contradiciendo. No obstante, Alan se da cuenta de la situación que finalmente lo hará perder si no cambia su proceder, dejándolo, básicamente, con dos opciones: hacer un giro en el enfoque de la campaña política (hasta entonces enfocado en las propuestas) para dedicarse a construir una imagen de él que sea, sobre todo, agradable para el público, que les permita identificarse con Alan y lograr que al final voten por él; o, la otra alternativa que ya advertíamos, seguir como está y que sea prácticamente seguro que vaya a perder. En este dilema, ya no es solo una ponderación entre bienes sin más lo que está en juego: es la dignidad personal de Alan o su proyecto de vida. ¿Cómo evaluar la situación? Ciertamente, entendemos que hay una distancia inconmensurable entre lo que Alan profesa y lo que Alan desea, pero él tiene que tomar una decisión, y esa decisión última, lógicamente, tendrá que satisfacer ambas exigencias hasta cierto punto.

¿Cómo hacer? En este caso, Alan va a priorizar la causa que lo motivó en un primer momento a candidatear en estas elecciones, esta es, poder ejecutar una serie de obras y políticas públicas imprescindibles para elevar la calidad de vida de todos los habitantes en la comunidad, plan que solo es posible de hacer realidad si se tiene el poder político y económico que posee el alcalde. Por lo que, Alan decidirá movilizar todos los recursos que le quedan de la campaña para crear un perfil político propio que llegue a impactar en cada ciudadano (en otras palabras, en exclusivamente hacer marketing), haciendo hincapié en lo que quieren los electores de una zona determinada y luego en otra, y otra, etc., aunque sin llegar a un extremo populista que le impida estar tranquilo internamente.

El accionar de Alan nos recuerda que la causa está primero, “pero nunca debe abandonarse el sendero que nos lleva a convertirnos en seres capaces de veneración” (Taylor, s.f., p. 300), seres que no son arrogantes, hipócritas ni mentirosos. Por supuesto que, estando en los ‘zapatos’ de Alan, algunos podrían haber optado por mantenerse totalmente fieles y coherentes a sus valores, incluso sabiendo que los llevaría a ser derrotados estrepitosamente; alguno otro quizás sería más moderado en la campaña propagandística, manteniendo ciertos márgenes para que lo propuesto se mantenga siempre presente con la nueva imagen que se quiere propagar del candidato; el mismo Alan, tal vez, en el futuro (ya con más experiencia en elecciones y con un séquito que lo apoye sin hesitar), decida dejar todo marketing y dedicarse profundamente a formular y perfeccionar sus propuestas. A lo que queremos llegar con esta reflexión es que el ejemplo de nuestro candidato político demuestra que lo afirmado por Taylor es cierto. No cabe duda de que son los inconmensurables contextos y tipos de bienes en juego los que determinan qué decisión aparezca como más agradable para uno, ante los cuales, como seres humanos, estamos en la obligación de ponderar y responder. Está bien, hay que aceptarlo, como diría Taylor, “no todos los conflictos son arbitrables” (ibidem, p. 301), pero nos encontramos con que negar la diversidad de bienes o eliminar la aspiración a una unicidad (ya sean valores u objetivos) que conduzca nuestra vida son peores ideas que aceptar ambas hasta cierto nivel y entonces llegar a una solución ideal y, a su vez, práctica con la que nos sintamos satisfechos y podamos seguir viviendo plenamente en sociedad.

**Bibliografía:**

Taylor, C. (s.f.). *La libertad de los modernos*.